

LOS OLVIDOS Y SECRETOS DE LA HISTORIA

Carmen Rojas Sandoval

Recientemente fue publicado el libro *1421 El año en que China descubrió el Nuevo Mundo*, escrito por Gavin Menzies, Oficial de la Royal Navy de Gran Bretaña. En este libro se expone la hipótesis de que fueron navegantes chinos quienes circunnavegaron y cartografiaron el planeta entre 1421 y 1423, antes que los europeos, y que la transmisión fragmentada de los datos colectados, a través de diversos mapas, incentivó la búsqueda europea por encontrar nuevas tierras y rutas marítimas para llegar a Asia.

Para comentar esta obra me permitiré narrar la forma en que llegó a mí. Y me permito comenzar así porque precisamente en la obra de Menzies se nos muestra la vida misma de quien nos describe una búsqueda de la respuesta a una sospecha histórica, y de tanto buscar, se convierte en un personaje más de esa historia: aquel que trajo a nuestro presente una realidad casi olvidada. Menzies, al indagar en el acertijo de los viajeros, es hoy el portavoz de aquellos descubridores. Y en esa tónica de encuentros fue que una noche recibí la llamada del Dr. Gustavo Vargas, mi segunda influencia en el gusto por la historia de los viajes, los descubrimientos y los mapas. Gustavo me solicitó comentar el libro de Menzies, el cual yo desconocía. Sucedió a los pocos días que mi padre tuvo un accidente automovilístico que le llevó a guardar reposo absoluto, el cual sorteaba leyendo. Para mi sorpresa, cuando fui a visitarlo se encontraba ansioso por mostrarme y regalarme el mismo libro por el que Gustavo me había llamado. Pero además de eso, resultó que el ejemplar que había adquirido, por cierto en una librería del aeropuerto (lugar de viajeros), estaba autografiado por el autor. Al regalarme el ejemplar, mi padre, quien es mi primer influencia por el gusto del descubrimiento y la ciencia, me dedicó esta nota: "Arqueóloga Carmen Rojas Sandoval. Requírese de su opinión acerca de este libro". El círculo estaba cerrado.

Por aquel entonces yo me encontraba preparando un viaje a Inglaterra, con el fin de transportar muestras de tres esqueletos humanos para su fechamiento en la Universidad de Oxford. Así que decidí contactar al Sr. Menzies a través de las direcciones en su página en internet. Menzies me contestó y me recibió en su casa en Londres, donde conversamos brevemente, con una taza de té, servida por supuesto en una vajilla de porcelana china. Fue así que tuve la oportunidad de conocer al oficial submarinista que tanto revuelo está causando en los foros académicos.

A grandes rasgos la argumentación del libro es la siguiente: En 1421, por instrucciones de Zhu Di, cuarto



emperador de la dinastía Ming (1368-1644), el almirante Zheng He comandó una gran armada con el fin de regresar a sus países a diversos gobernantes y enviados que habían asistido a la inauguración de la nueva capital china, la ciudad de Pekín, también llamada Ciudad Prohibida. Dicha armada se conformaba de cuatro flotas de juncos, que también tenían la misión de continuar

navegando, cartografiar y establecer intercambios con el resto del mundo. La Flota de Zheng He regresó en 1423, después de recorrer el este y oeste de África, cruzar el Atlántico con la corriente de las Canarias, llegar a las Antillas americanas, navegar por Norte y Sudamérica hasta la Antártica, calcular la posición de las estrellas Cruz del Sur y Cánope, para utilizarlas en el cálculo de la latitud en el Hemisferio sur, cruzar el estrecho que posteriormente daría fama a Magallanes, navegar por el Pacífico siguiendo la corriente del Japón hasta Australia y finalmente regresar a Pekín. Por desgracia, al regreso de la flota las cosas habían cambiado, la Ciudad Prohibida había sufrido un incendio y se había obligado al emperador Zhu Di a cambiar su política exterior, con lo cual se suspendieron los viajes a ultramar y se perdieron los registros de ésta y otras navegaciones.

El eje central de la argumentación de este libro es la interpretación de los mapas de Kangnido, Pizzigano, Piri Reis, Jean Rotz, Cantino y Waldseemüller, previos a los viajes europeos, en los que aparecen América, la Antártica y Australia con gran detalle. La mirada del autor no busca encontrar la forma exacta de las tierras representadas en dichos mapas, sino la forma que tendrían al ser vistas desde ciertos puntos en el mar, que básicamente responden a las rutas que por fuerza habrían de seguirse según las corrientes predominantes. Las distancias serían pues el resultado del cálculo de la velocidad de los juncos, con un cierto error, ajustado por el autor, por el desconocimiento de la velocidad de las corrientes y los contornos de la perspectiva, por la cual un grupo de islas aparecería como una sola masa de tierra y las bahías y costas se apreciarían distorsionadas.

El punto de unión entre los conocimientos cartográficos chinos y las posteriores travesías portuguesas y españolas es para Menzies un veneciano, llamado Niccoló dei Conti, quien viajó como mercader musulmán hacia la India. Conti tuvo que convertirse de nuevo al cristianismo y el Papa Eugenio IV le hizo relatar sus viajes. Menzies supone que Dei Conti estaba en Calicut cuando las flotas chinas pasaron por ahí y es así que la información se transmite de Dei Conti a Fra Mauro y de éste a Dom Pedro

de Portugal, hermano del rey Enrique El Navegante. El autor supone que la información de los mapas que analiza procede de las navegaciones chinas. Finalmente, menciona fuentes históricas que muestran la existencia de poblaciones portuguesas en las antillas americanas, con las que tuvieron contacto los primeros exploradores españoles.

Como el mismo Menzies refiere, la idea de contactos chinos previos a Colón, ha sido sustentada por algunos historiadores desde hace varios años. Sin embargo, aún no queda claro cómo es que este conocimiento llegó a los portugueses y españoles, ya que las confesiones del mercader veneciano sólo confirman el paso de una armada china por la India, pero no la creación de los mapas citados. Por otro lado, esto tampoco elimina la posibilidad de que se hayan dado navegaciones europeas no conservadas en los registros oficiales.

En la obra de Menzies se compilan una gran cantidad de datos, tales como el origen de plantas y animales, supuestamente distribuidas por los juncos chinos, así como la presencia de grupos humanos, de procedencia china o con costumbres similares a las chinas, descritas por los primeros exploradores europeos en América y Australia. Si bien el esfuerzo es notable, muchos de los datos son aglutinados con ligereza y poco rigor. Desafortunadamente, la ciencia no se construye con la facilidad que uno quisiera, y para que una hipótesis sea aceptada como cierta, la evidencia y los argumentos deben resistir muchas pruebas.

Pero una cosa es la parte científica de la Historia, es decir, la comprobación de que los hechos sucedieron de una u otra forma, y otra la parte social de lo que aceptamos como nuestra historia, y es esto lo que en esta pequeña nota quiero comentar. En ese sentido, Gavin Menzies nos muestra algo que tenemos aprendido a fuerza de siglos: quien posee el conocimiento posee un gran poder, pero no fue China, sino España y Portugal, quienes utilizaron ese conocimiento para enriquecerse. Que los europeos reconocieron territorios y mares lejanos gracias al conocimiento que a cuenta gotas condensaron de diversas naciones es algo que sabíamos, por ser parte de nuestra propia historia. Pero lo que se nos muestra en esta obra es más que una inquietud que pone en duda la originalidad de la aventura europea.

Menzies nos lleva a otro horizonte del conocimiento, con la mirada de un navegante que indaga sobre los hechos y andanzas de otros navegantes. En una época en que hemos logrado cartografiar la Luna, el planeta Marte, así como la ubicación de galaxias remotas, podríamos sentirnos confiados en los conocimientos que poseemos. Sin embargo, es nuestra propia historia como humanidad la que nos seguirá dando sorpresas a la luz de nuevos datos y descubrimientos. En nuestra historia nadie tiene la última palabra. Los tiempos y procesos se acortan, aparecen actores antes ignorados, y en general somos testigos de nuevos arreglos en nuestros anales. Los

estudios del ADN nos muestran que nuestra antigüedad como especie no es de 100 mil años, ya que no sobrepasa los 60 mil años; de igual forma, los fechamientos radiométricos aplicados al hueso humano en la última década nos dicen que los humanos no llegaron a América hace 40 mil años, sino tan sólo hace 13,000 años. Todos aprendimos que Colón fue el primer marinero europeo que llegó a América y que la primer circunnavegación a nuestro planeta fue iniciada por Magallanes en 1519 y culminada por Elcano en 1522, pero también esta historia tiene otra historia que ha permanecido prácticamente oculta para el público en general, siendo conocida tan sólo por algunos historiadores.

Cuando pequeños, también aprendimos que fueron pequeñas cascaritas de nuez, como las carabelas y los galeones, en las que por primera vez marineros del siglo XV se arriesgaron a cruzar el Atlántico y que los enormes juncos chinos, en los que se transportaban una inmensa cantidad de bienes, sólo eran capaces de navegar cerca de las costas, por lo que se dudaba que hubiesen realizado navegaciones de altura y de larga duración, pero también esta historia tiene pasajes no del todo definidos. Aunque los juncos fueron diseñados para navegar entre China y África, a favor de los monzones, que cambian de dirección dos veces al año, y a pesar de que no eran especialmente eficaces para navegar en contra del viento o para girar, Menzies sostiene que sí lograron cruzar el Atlántico y el Pacífico. Tomando en cuenta las limitantes de los juncos, propone cuales debieron ser los derroteros, es decir, las rutas que los juncos de la flota de Zheng He debieron seguir, respondiendo a los vientos y corrientes dominantes del Atlántico y el Pacífico.

Pero las exploraciones siempre han tenido un costo muy alto para la humanidad, aun cuando se avizoren ganancias y beneficios descomunales; baste recordar cómo la economía de España creció hasta en un 800% después del establecimiento formal de las flotas hacia América. Las elevadas sumas de dinero y la pérdida de numerosas vidas que conllevan las grandes expediciones fueron argumentadas por los ministros chinos desde el siglo XV, de forma idéntica a los funcionarios europeos en el siglo XVI. La historia de la humanidad es la historia de los olvidos y los secretos transmitidos. La transmisión del conocimiento, tema de científicos sociales y naturales, por alguna razón no ha sido siempre muy afortunada. Naciones enteras, devotas al conocimiento, pueden perecer y sucumbir al fuego del olvido, brotando apenas una chispa que volverá a iluminar a tierras futuras con el paso de los siglos y los milenios. ■

Carmen Rojas Sandoval (Ciudad de México, 1978). Mexicana, licenciada en arqueología por la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en donde actualmente es profesora. Es investigadora además en la Subdirección de Arqueología Subacuática del Instituto Nacional de Antropología e Historia, de México.